

FORTALEZAS Y DEBILIDADES DEL NUEVO SISTEMA MUNDIAL

Hugo Fazio Vengoa*

Entre los analistas internacionales existe un consenso de que el mundo que empieza a configurarse después del fin de la guerra fría constituye un ordenamiento mundial cualitativamente diferente a los anteriores. No tan sólo se han alterado los patrones sobre los cuales se cimentaba el poder y la “alta y baja política”, sino que también se han modificado los ejes estructuradores del sistema. Esta nueva realidad está exigiendo una renovación de las perspectivas analíticas de las relaciones internacionales por cuanto los grandes paradigmas y teorías explicativas del acontecer mundial daban cuenta de una realidad específica del ayer¹. Hoy por hoy, la transformación del objeto mismo de la investigación –el mundo de la postguerra fría– induce a un cambio en la construcción de la teoría². El estudio que a continuación presentamos no pretende ser la formulación de una nueva teoría sino simplemente la enunciación de ciertos procedimientos teóricos así como de una aproximación exploratoria que permita dar cuenta de las tendencias principales que caracterizan el nuevo sistema mundial.

La tesis central que se maneja en el presente trabajo podemos resumirla en los siguientes términos: independientemente del hecho que las nociones que mejor definan el orden mundial sean homogeneidad, transnacionalización

e interdependencia, el nuevo sistema mundial no es un ordenamiento equitativo para todos los actores participantes. Por el contrario, consideramos que constituye una fase en el desarrollo capitalista caracterizado por formas de acumulación expansiva que reproduce una nueva modalidad de estratificación jerárquica y piramidal. En el centro se sitúan aquellos actores –las potencias– que están envueltos en densas redes de competencia y equilibrio. En un nivel inmediatamente inferior y supeditados a los centros rectores se encuentran los actores integrantes de sus respectivas “áreas de influencia”, es decir aquellos Estados y organizaciones con los cuales cada centro mantiene un gran intercambio comercial, vínculos económicos y culturales y eventualmente un sistema de alianzas. Los Estados de este nivel mantienen una relación privilegiada e intensa con el centro hegemónico. Sin embargo, eso no es óbice para que sean también muy densas las relaciones con los actores de las otras áreas y con los otros centros del sistema mundial. El último nivel abarca a todos aquellos Estados que no hacen parte de los “bloques” centrales del sistema y se encuentran en una situación de marginalidad, económica o geopolítica y buscan afanosamente contrarrestar esta tendencia a través de un fortalecimiento de los vínculos con los actores jerárquicamente superiores.

* Historiador y politólogo, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

1 Véase Viotti P. R. y Kauppi M. V., *International Relations Theory. Realism, Pluralism, Globalism*, Maxwell Macmillan International Editions, Nueva York, 1990.

2 Véase Wolf K. y Zürn M., “Teorías de las relaciones internacionales hoy”, *Diálogo Científico*, Tübingen, V. 1, No. 1, 1992, pp. 12-35.

En razón de estas fracturas en el sistema, el orden mundial es una **globalización segmentada**³, en la que las interacciones entre los “bloques” y entre los actores de los diferentes niveles da lugar a una combinación de interacciones múltiples y a veces desagregadas.

Desde una perspectiva de la dinámica del funcionamiento, el sistema internacional se caracteriza por un nuevo contenido de las agendas. La “alta política” está comprendida por los temas económicos y la “baja política” por los problemas políticos, militares y relativos a la seguridad. Esta mutación en los contenidos es el resultado de que las temáticas económicas constituyen la preocupación básica del sistema y son, al mismo tiempo, el ámbito en que se producen las mayores interacciones y divergencias de intereses. De otra parte, los problemas militares y de seguridad comprenden la “baja política” porque las potenciales amenazas e inestabilidades –nacionalismos, irredentismos, etc.– provienen principalmente de regiones periféricas incapaces de erosionar el orden mundial y/o responden a problemáticas locales sin mayores pretensiones de transformación del sistema en su totalidad. Sin embargo, el lugar secundario que ocupan los problemas políticos y militares no nos deben llevar a pensar que se ha ingresado en un mundo idílico. Por el contrario, muchas de estas situaciones, de no resolverse en el mediano plazo, pueden dar lugar a constantes tensiones o poner en duda la ulterior consolidación del sistema.

Esta configuración planetaria es una nueva forma de organización sistémica porque está alterando radicalmente los presupuestos estructurales de las relaciones internacionales. En el mundo bipolar, estos factores estaban constituidos por la asimetría de los sistemas económicos, el carácter conflictivo y de competición entre el capitalismo y el socialismo, la

emulación anclada en la disuasión militar y nuclear y la expresión de procedimientos a través de los cuales se canalizaban las relaciones internacionales.

Este nuevo orden, por el contrario, se fundamenta, estructuralmente, en el predominio de un patrón económico de carácter global, en la interacción de todas las regiones a través de la globalización, en la reducción del papel del Estado y en la concentración de las facultades decisorias en los asuntos de competencia global. Junto a estos factores congénitos al sistema podemos distinguir otros procedimientos, condicionados por los primeros pero que desarrollan una lógica propia que dinamiza las interacciones y fortalece la concreción del orden mundial. Entre estos podemos destacar el peso económico y político conferido al mercado, la “economización” y convergencia temática de las agendas, etc.

Los cimientos de este nuevo orden se forjaron durante la década de los ochenta. Sin embargo, en ese entonces, su universalización era imposible porque existían factores políticos y militares que frenaban sus posibilidades de expansión y hacía además que, para algunos, se mantuviera el sueño de hacer realidad los anhelos de un orden más justo para el Tercer Mundo. La división del mundo en torno al eje Este-Oeste, aun cuando éste ya se encontrará cercano a su ocaso, mantenía aún la validez de los referentes revolucionarios como desarrollos potencialmente posibles para las naciones del Tercer Mundo. Pero más importante aún era el hecho que los países desarrollados estaban en la obligación de hacer grandes concesiones a las naciones en desarrollo para impedir que éstas pudiesen gravitar hacia la URSS o utilizar la “carta” soviética⁴.

Sin embargo, con los cambios ocurridos en la Unión Soviética, sobre todo desde el momento

3 Varas A., “Las relaciones estratégicas internacionales de la postguerra fría”, en: Tomassini L., **La política internacional en un mundo postmoderno. El sistema internacional y América Latina**, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1991, p. 164.

4 Laïdi Z., **L'URSS vue du Tiers-Monde**, Khartala, Paris, 1984; Valkenier E., **The Soviet Union and the Third World, an economic bind**, Praeger, Nueva York, 1983.

en que despuntó el **Glasnost** internacional, la posterior crisis del socialismo en Europa del Este, la posición marginal que desde ese momento pasaron a tener los gobiernos revolucionarios en el Tercer Mundo, la reunificación alemana en torno a la RFA y la posterior disolución de la URSS crearon las condiciones no sólo para poner fin a la guerra fría, sino para universalizar las potencialidades contenidas en el orden mundial que comenzaba a definirse. La importancia de los acontecimientos ocurridos en 1989 radica precisamente en que produjo una serie de mutaciones que pusieron punto final a las situaciones contrarias a la consolidación del nuevo orden mundial.

1. LOS FACTORES CONSENSUALES

La gran fortaleza de esta nueva realidad, que marca una gran diferencia con las formas de dominación anteriores, es que nunca antes la amplia mayoría de los Estados había encontrado puntos de convergencia tan fuertes para reordenar los espacios económicos, políticos, sociales y culturales del planeta. Este orden de la década de los noventa es el orden de los países industrializados que, al imponer sus condiciones, han hecho aceptar sus postulados a las restantes naciones. El mercado, la democracia, el capitalismo, la transnacionalización se han universalizado hasta tal punto que pocas son las naciones que siguen manteniendo una actitud "nostálgica" y buscan formas de organización alternativas. Esta fortaleza, en buena medida, viene dada porque, una vez que desaparecieron los supuestos que ponían en duda la validez universal del sistema, el futuro ha pasado a desempeñar un papel decisivo en las nuevas coordenadas porque proyecta un potencial lo suficientemente amplio como para imponerse por sobre los comportamientos que distanciaban a las partes.

Este nuevo orden se encuentra en su fase de conformación. Difícil es decir por el momento

si las tendencias principales que lo caracterizan hoy en día se mantendrán por largo tiempo o si simplemente son situaciones de transición. Por lo pronto, lo único que es evidente es que posee elementos que son consensuales, es decir, que son aceptados por una amplia mayoría de actores y cimentan la convergencia de intereses en torno al nuevo orden y otros que llevan a resistencias y contradicciones.

a) El papel del mercado en la acumulación flexible

Los factores consensuales constituyen aquellos momentos y situaciones que le dan fortaleza e identifican a la mayor parte de los actores. No son, sin embargo, elementos nuevos. Por el contrario, poseen un pasado de larga data en la historia del capitalismo. Con la expansión en su uso simplemente se pretende constituir un nuevo **statu quo** que delimita el **habitat** y el **modus operandi** de todas las naciones.

El principal factor consensual está conformado por la universalización de una nueva modalidad de acumulación a escala planetaria. El período de postguerra fue testigo de la expansión y fortalecimiento del **fordismo** como mecanismo de acumulación intensiva sobre la base de la consolidación de las técnicas taylorianas y de la automatización como paradigma tecnológico, una producción y consumo de masas como régimen de acumulación, normas de productividad elevadas, sistema contractual de fijación de las normas salariales e internacionalización del capital. Su funcionamiento se constituía a partir de un equilibrio de poder entre el capital, el Estado-nación y el movimiento obrero. Sin embargo, desde la década de los setenta este modelo industrializador entró en crisis como producto de la saturación de los mercados internos, las crisis fiscales y financieras y la imposibilidad para que el Estado siguiera actuando como mediador y impulsor del desarrollo. Se inició así una nueva fase de acumulación flexible⁵ que se caracteri-

5 Harvey D., *The Condition of Postmodernity*, Bassil Blackwell, Cambridge, 1990, capítulo 9.

zó precisamente por la emergencia de nuevos sectores productivos, radicales cambios en la organización empresarial, una rápida expansión de la esfera de los servicios, amplia dilatación de los mercados externos, significativa reducción del papel económico del Estado, una división internacional ampliada del trabajo y una intensificación de la innovación comercial, tecnológica y organizacional.

Para la implantación de esta nueva lógica de acumulación se necesitaba superar los límites nacionales en que se había desenvuelto el fordismo y ampliar de manera constante las fronteras económicas incorporando nuevos mercados comerciales y financieros. El recurso al mercado, en su acepción más radical, fue el principal mecanismo empleado tanto como principio de organización social como de medio a través del cual se afirmaba la integración de los diferentes Estados en la economía mundial. La función depositada en el mercado, promovida a través de un discurso neoliberal, fue la de posibilitar la transición del anterior estadio de acumulación al nuevo, mediante la eliminación de todo lo que representaba un obstáculo para la afirmación del mismo. En este nuevo orden, el mercado cumple una doble función: de una parte, constituye un factor estructural a través del cual se redefine interna e internacionalmente la economía, la política y la sociedad y, de la otra, actúa como procedimiento para homogenizar las diferentes naciones en torno al arquetipo de la modalidad imperante de acumulación.

En las propuestas neoliberales se pretendía reducir al mínimo el Estado de bienestar por medio del abandono de un conjunto de derechos económicos y sociales, tales como el desmantelamiento de algunos dispositivos de asistencia y solidaridad. En el plano estrictamente económico se propuso la reorientación de la función del Estado sin llegar a ponerse

en duda su papel en la organización de la acumulación de capital ni su actividad en el mercado mundial. La desregulación introducida consistió básicamente en un cambio de las reglas y modos anteriores de regulación, sin llegar a eliminar las funciones del Estado. La transformación fundamental consistió en que la satisfacción de las necesidades colectivas dejó de ser un servicio que el Estado concedía a los ciudadanos, pasando a ser una mercancía que debía ser objeto de la regulación por medio de la oferta y la demanda⁶. Es decir, la propuesta estaba orientada a liberar todas las trabas institucionales para permitir que el mercado actuara como único agente de estructuración social.

La gran vitalidad de esta ofensiva neoliberal, en su calidad de discurso político que promovía la expansión del mercado, consistió en ser una propuesta para permitir salir de una etapa de crisis para ingresar en una nueva fase de desarrollo capitalista. Además, demostró las incoherencias de los postulados de corte "social-demócrata", los cuales seguían inscritos en una lógica fordista de acumulación que ya había mostrado su carácter obsoleto. Por último, el neoliberalismo supo convencer a muchos, inclusive a las organizaciones más partidarias de las tesis intervencionistas, que el mercado era un problema eminentemente técnico, escondiéndose el hecho que es el núcleo de una propuesta para la constitución de un pacto social.

A nivel de la política mundial, un papel nada desdeñable en la consolidación de esta tendencia fue desempeñado por los procesos de interdependencia y transnacionalización⁷. Estos procedimientos habían desempeñado un papel central en la etapa de consolidación del capitalismo⁸ pero a comienzos del siglo XX fueron sustituidos por una modalidad de desarrollo estructurado sobre bases nacionales. Pero ya desde la década de los setenta, cuando empezó la crisis de la anterior modalidad de acumula-

6 Bauby P., *L'Etat-stratège*, Les Editions Ouvrières, París, 1991, p. 199.

7 Keohane R., y Nye J., *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, pp. 15-38.

8 Véase Wallerstein I., *Il Capitalismo Storico*, G. Einaudi Editore, Torino, 1985.

ción, nuevamente estos procedimientos se universalizaron para superar las estrecheces nacionales, facilitar la movilidad del capital, desarrollar nuevas formas de producción, distribución y consumo, establecer fuertes vínculos entre los diferentes actores participantes del mercado capitalista mundial y relanzar el desarrollo del capitalismo.

Hoy por hoy sólo voces nostálgicas siguen defendiendo alternativas al sistema y cultura occidental. Pero la tendencia predominante es dar inicio a un proceso modernizador en el cual el mercado es el instrumento principal para configurar la nueva sociedad. Un país como Irán, adalid de una revolución antinorteamericana, lo cual se traducía en antioccidental, actualmente está abandonando aceleradamente su sistema anterior para adoptar como referente el modelo saudí. Un experto en temas iraníes recientemente comentaba que todos los acontecimientos actuales indican que Irán se encamina hacia un régimen estructurado según el modelo saudí: "abierto a Occidente, pero conservador y riguroso en el plano social y religioso"⁹.

Incluso, países que mantienen el perfil de la ortodoxia en lo que respecta a la defensa de los valores socialistas se apresuran a introducir políticas de reformas, las cuales, bajo otra modalidad, apuntan en el mismo sentido que las liberalizaciones configuradas a partir del mercado. Si China, sobre todo después del reciente Congreso del partido, celebrado en octubre, es el prototipo de este reformismo, Cuba no se ha quedado atrás. El desarrollo del turismo, las disposiciones para las **joint-ventures** que son ampliamente favorables a los capitales extranjeros, etc., constituyen embriones a través de los cuales se están "racionalizando" las relaciones económicas internas e internacionales del

país¹⁰. La crisis de los modelos de desarrollo alternativos en el Este y en el Sur se convirtieron en un importante factor en la consolidación de las tendencias neoliberales y, al mismo tiempo, constituyeron una demostración de la superioridad del capitalismo y de la imposibilidad de pretender estrategias de desarrollo diferentes a la transnacionalización y al modelo capitalista.

Las transformaciones económicas, sociales y políticas a través del mercado no se detuvieron en la revolución de los aspectos internos, eran también un medio para ampliar espacialmente el proceso de acumulación. El mercado se convirtió en el vínculo orgánico que debía unir las economías nacionales con los flujos mundiales¹¹.

Esta progresiva transnacionalización, sin duda una de las constantes más dinámicas de las relaciones mundiales, ha aumentado como resultado del crecimiento de la proporción de la parte relativa al comercio exterior en el PIB de los países más desarrollados, el cual pasó de 12% en 1965 a 20% en 1988¹² y por la consolidación de una ampliada división internacional del trabajo que involucra a nuevos actores.

El proceso de transnacionalización reproduce a la perfección el carácter jerárquico del nuevo sistema mundial: en primer lugar, la consolidación del mercado mundial ha sido el resultado de la mayor interpenetración de las economías capitalistas desarrolladas y no de un acrecentamiento real del tráfico mundial; en segundo lugar, la mayor transnacionalización se produce entre las regiones dominadas por los actuales polos de la economía capitalista mundial, es decir son flujos inter e intrapolo y los intercambios verdaderamente exteiiores representan un porcentaje bastante

9 Le Monde, 25 de abril de 1992.

10 Brudenius C., "¿Es aún viable el modelo cubano de desarrollo?", Cuadernos del Este No. 6, 1992, Madrid, pp. 9-15; Le Monde, 24 de agosto de 1992.

11 Para un análisis detallado de estas corrientes así como de su crítica, véase Peemans J.Ph., "From modernization to neomodernization: the drift of the dominant development paradigm", en, Bablewski Z. & Hettne B., Crisis in Development, United Nation University, Padrigu Papers, 1989, pp. 89-111.

12 Amin S., "Le système mondial peut-il être réduit à un marché mondial?", Actuel Marx No. 9, 1991, Paris, p. 18.

marginal¹³; en tercer lugar, es una transnacionalización desequilibrada en la cual el Sur simplemente tiene que optar por satisfacer las necesidades del Norte en materias primas, productos agrícolas, etc., cuando los sectores más dinámicos están constituidos por los intercambios intraindustriales; en cuarto lugar, a pesar de sostenerse que la competitividad se alcanza mediante el abandono de la anterior “autonomía nacional”, los países centrales del sistema –EE.UU., Japón, Alemania e inclusive Francia– defienden sus economías “nacionales” y por medio de una activa participación del Estado mantienen sus configuraciones internas y promueven la construcción de una economía mundial que los beneficie; por último, y en ello radica una de sus principales fortalezas, a través de esta transnacionalización se pretende que el desarrollo se mida a través del grado de inserción en la economía mundial. Un aumento en la participación en los flujos mundiales significa desarrollo en la medida en que se fortalece la posición de ese país dentro de los esquemas jerárquicos manejados por los países centrales y se refuerza la diferenciación social vinculada intrínsecamente a la lógica de la acumulación¹⁴.

Es precisamente este carácter desequilibrado el que permite que el sistema se desarrolle desde sus ejes centrales, asignando funciones y competencias específicas a los demás actores. Las asimetrías no son una deformación del sistema sino una condición misma de su existencia.

La transnacionalización, de una u otra manera, ha seguido gravitando en torno a la actividad de los Estados centrales, pero también ha constituido ámbitos ajenos al control de los mismos. El financiero, el más importante de todos, se caracteriza por su alto grado de concentración en las principales bolsas –Nueva York, Tokio, Londres y Frankfurt– y su elevado

poder económico: diariamente las transacciones sobrepasan el billón de dólares, del cual sólo una pequeña porción se transforma en inversiones productivas. Esta impresionante concentración puede poner en jaque a cualquier Estado y desestabilizar el sistema, como quedó demostrado durante la crisis de septiembre de 1991. No obstante la autonomía alcanzada por el mundo de las finanzas, existe una evidente interacción con las “economías nacionales” a través de la manipulación gubernamental de las tasas de cambio e inversión. En tal sentido, la “autonomización” de los ámbitos financieros corresponde con la lógica del sistema y en ningún caso actúa contra él.

b) La estructura jerárquica del sistema mundial

La transnacionalización ha interaccionado fuertemente a los distintos Estados del sistema mundial, sin embargo, no distribuye ni representa de manera equitativa a todos sus miembros. Fue la nueva etapa en el proceso de acumulación en la que ingresaron las naciones más desarrolladas la que indujo a la integración de todos los demás Estados. Como esto ha sido un proceso de ampliación nacido de los centros principales de la economía mundial, el sistema se configura en torno a los polos más dinámicos del sistema, alrededor de los cuales gravitan países desarrollados y en desarrollo (NPI) fuertemente interconectados que conforman el sustrato fundamental del sistema. Por último, otros países por motivos geopolíticos o económicos se ubican por fuera de estos grandes centros mundiales. Sin embargo, en ellos existen potencialidades diferenciadas, lo cual implica que algunos disponen de algunas condiciones que los puede hacer partícipes del sistema, mientras que otros simplemente reproducirán su actual posición de marginamiento.

13 “La evolución de las principales corrientes comerciales... durante el período 1980-1989 por regiones y por orden de crecimiento, muestra que el intercambio más intenso se produjo entre América del Norte y Asia, seguido por aquél entre Europa Occidental y Asia y por el comercio dentro de Asia”, Kuwayama M., “América Latina y la internacionalización de la economía mundial”, *Revista de la Cepal*, No. 46, Santiago de Chile, abril de 1992, p. 11.

14 Peemans J. Ph., “Marx, les révoltes du XXème siècle et la modernisation”, *Contradictions* No. 62, 1990, Bruselas, pp. 49-50.

El comportamiento de los intercambios y relaciones entre los diferentes polos, así como también en las regiones articuladas con los polos y de algunas zonas en relación a los polos, dentro de los marcos de un proceso de integración por ampliación, nos permite constatar que el antiguo mundo fundamentalmente bipolar está derivando en uno articulado sobre la base de tres centros principales.

La experiencia demuestra que no hay bloques comerciales en evolución ni en proceso de cristalización sino la conformación de unos centros de comercio en evolución con intereses financieros y comerciales mundiales¹⁵. La tendencia prevaleciente se encamina a formar una “triadización” o **pax triadica**, al decir de Riccardo Petrella¹⁶. Esta interacción puede dar lugar a los más variados escenarios –una Alianza Atlántica (EE.UU. y CEE), Alianza del Pacífico (EE.UU. y Japón), Pax Nipponica, etc.– pero siempre contará con la participación de la **Troika**.

Un primer polo con un considerable peso en la hegemonía militar, está comprendido por la “zona americana” dominada por EE.UU., la cual está siendo constituida mediante la “ampliación del gran mercado norteamericano”, proceso que ha involucrado directamente a Canadá y México y que hace extensiva una eventual invitación a otras naciones latinoamericanas.

En torno al polo económico y tecnológico japonés existe una gran región de Asia Oriental y Sudoriental que integra a nuevos estados industrializados (Corea, Taiwán, Tailandia, Malaesia, Filipinas e Indonesia), zona que ha despertado el mayor interés en la medida en que esta región del planeta, además de poseer actualmente los más altos índices de crecimiento, está llamada a ser una de las más dinámicas en el siglo XXI. Esta región del Asia-Pacífico, a diferencia de las otras, es tal vez –desde una perspectiva política– la menos

integrada. Difícilmente uno podría afirmar que países tan importantes como Corea o China estén dispuestos a pertenecer a la zona de dominio japonés. En otras palabras, Japón se ve obligado a enfrentar en esta región a otros Estados de relativa significación, los cuales constituyen tropiezos para consolidar su poder hegemónico en el Asia Oriental y Sudoriental. Lo más probable es que conserve su posición de centro gravitacional en lo económico pero con una probable competencia económica y sobre todo política por parte de los otros actores de la región.

El frente más dinámico, sin duda, está conformado por la Comunidad Económica Europea que tiene su actual centro en Alemania. Tal vez no sería equivocado decir que Alemania en los últimos años ha hecho realidad su viejo sueño: dominar Europa. Pero lo logró no a través de procedimientos político-militares, que siempre desembocaron en cruentas guerras en la mayoría de las cuales Alemania salió mal librada, sino que lo alcanzó por métodos económicos, ya que no solamente está “germanizando” la CEE, sino que además está incorporando dentro de su órbita al conjunto de países del Este europeo¹⁷.

Estos tres son los polos principales a través de los cuales se está configurando el nuevo orden mundial. Si bien se comparten plenamente los elementos consensuales del sistema, las fricciones entre estos tres ejes son significativos a nivel principalmente económico. Son conocidas al respecto las contradicciones entre japoneses y americanos en lo que respecta al tráfico comercial, las desavenencias entre europeos y americanos en las negociaciones de la Ronda de Uruguay y las fricciones entre japoneses y europeos en torno a las cuotas de producción industrial. Sin embargo, estos desacuerdos no son capaces de empañar las relaciones sobre todo cuando se requiere asumir posiciones conjuntas frente a países terceros. De otra parte, estos

15 Kuwayama M., *op. cit.*, p. 11.

16 Petrella R., “Pax triadica”, *Le Monde Diplomatique*, Paris, noviembre de 1992.

17 Véase Fazio H., “Los muros de Europa. La CEE: entre la geopolítica y el Estado-nación”, *Colombia Hoy*, No. 109, febrero de 1993.

conflictos y contradicciones giran alrededor de la distribución de poder y las posibilidades de acumulación pero no sobre la naturaleza del sistema. Son “guerras” de cuyo resultado el sistema se afianza, en la medida en que se incorpora a otros actores, pero en ningún caso significan un debilitamiento del sistema, aun cuando en reiteradas oportunidades paralice la función que en este plano deben desempeñar los organismos multilaterales, como bien ha quedado demostrado en las negociaciones de la Ronda de Uruguay.

Esta centralidad de las nuevas configuraciones en torno a los polos emergentes no se ha producido de manera fácil. Si bien algunas resistencias han desaparecido, otras han aflorado. Un ejemplo elocuente en este sentido lo encontramos en el resultado de la consulta celebrada en Dinamarca, donde la mayoría de la población se pronunció contra la unificación siguiendo los lineamientos elaborados en Maastricht. En algún sentido, esto fue el resultado natural de los reordenamientos geopolíticos que se están produciendo tras la desaparición del “muro” que empañó los objetivos que tenía la CEE. La reunificación de Alemania y el fin del imperio soviético han colocado a algunos ante el dilema que la unificación perdió sus atributos originales: era una garantía “contra el pasado alemán y contra el presente soviético”¹⁸, es decir, era una forma de equilibrio a través del cual se controlaba a una poderosa Alemania y se construiría un muro de contención para frenar a los soviéticos. El resultado del referéndum danés puede interpretarse como un intento de levantar un muro de contención contra el “presente alemán una vez desaparecido el pasado soviético”.

Este orden actualmente tripolar es una configuración en la cual, a diferencia de períodos pretéritos, no existen, sin embargo, potencias completamente hegemónicas que sean capaces de imponer su plena dominación. EE.UU. es más bien un líder carente de facultades he-

gemónicas en la medida en que en los términos principales de las preocupaciones internacionales –agendas económicas– sufre una competencia muy dinámica por parte de Japón y la CEE. De otra parte, como bien lo demostró la guerra del Golfo, EE.UU. no pudo, como si lo hiciera antes, financiar su propia guerra y se vio en la necesidad de solicitar participación económica de numerosas naciones.

Por lo tanto, cuando se dice que, una vez desaparecida la bipolaridad, el mundo habría caído en manos de un “gendarme”, el cual estaría personificado en los EE.UU., consideramos que no es una apreciación válida. De una parte, las autoridades norteamericanas lideran las acciones que encuentran un consenso previo entre los sectores dirigentes de la casi totalidad de los Estados con los cuales comparten actualmente una serie de principios que aplican en las relaciones internacionales. De otra parte, las restantes naciones industrializadas sienten que no pueden renunciar a la dirección norteamericana y, es más, que tienen que participar en el mantenimiento del papel de EE.UU., porque una crisis en este país aumentaría el riesgo de romper los equilibrios económicos planetarios¹⁹.

El mundo en los noventa será básicamente tripolar. Esto, sin embargo, no significa que no puedan surgir nuevos polos que ejerzan atracción. En este sentido, una de las situaciones paradójicas es que el sistema y el entorno coadyuvan a que se impulsen sistemas de cooperación y se constituyan comunidades o zonas de libre comercio en las que se depositan esperanzas para que se reduzcan las tensiones y se favorezcan los equilibrios económicos, políticos y militares. Ello sin duda suavizará el dominio de la **pax triadica**, pero difícilmente hará gravitar al mundo hacia un sistema multilateral, en razón de que los posibles centros polares que pueden surgir tendrán que insertarse, en mayor o menor grado, en las órbitas geoestratégicas de los tres grandes.

18 Le Monde, 5 de junio de 1992.

19 Toinet Marie-France, “Comment les Etats-Unis ont perdu les moyens de leurs hegemonie”, Le Monde Diplomatique, Paris, junio de 1992.

Uno de los posibles centros que seguramente surgirá en un mediano plazo será Rusia, alrededor de la cual gravitarán algunos de los Estados surgidos de las cenizas de la URSS. Rusia dispone de una amplia gama y gran abundancia de recursos naturales, un potencial industrial considerable y un capital humano el cual comenzará a dar sus dividendos una vez el país salga de la aguda crisis por la que atraviesa²⁰. Rusia difícilmente logrará reconstituir una situación que le permita convertirse en un polo gravitacional de alcance mundial. Probablemente, tendrá que contentarse con ser un centro dependiente económicamente del dominio alemán. Otros probables polos de atracción pueden constituirse en torno a Irán a través de la Confederación de Estados Islámicos²¹ y al mundo chino si se llega a producir una fusión de Tai-wán, China y Hong Kong.

c) La nueva geopolítica mundial

En esta ecuación política algunas situaciones están alterando el ajedrez geopolítico mundial. Con este nuevo reordenamiento, han nacido nuevos Estados de la extinta URSS, de las entrañas de Yugoslavia y de la dividida Checoslovaquia y los centros geopolíticos se han desplazado. Por ello, algunos países que antes gozaban de una posición privilegiada que les permitía cierta neutralidad, hoy por hoy son naciones que están quedando marginadas de los grandes procesos y por eso están muy deseosas de integrarse en las regiones centrales por temor a un aislamiento o a quedar relegadas de los principales asuntos de las relaciones internacionales. Esta idea está muy presente en círculos de la clase política de Suecia, país que ha mostrado una gran voluntad por ingresar en la CEE. Lo mismo ocurre con Finlandia, Estado que perdió mucho con la disolución de

la URSS porque la anterior "finlandización" le garantizaba una demanda económica constante por parte de la URSS y una importancia estratégica de primer orden²².

Otras regiones que estaban en el centro de la atención mundial como era el caso de Centroamérica, con el fin de la guerra fría perdieron la dimensión internacional del conflicto y por lo tanto dejaron de recibir la atención y la ayuda proveniente del extranjero. Como señala el analista internacional francés André Fontaine: "Desaparecida la romántica esperanza de la liberación que el comunismo y el castrismo habían hecho germinar entre los desfavorecidos y en buena parte de la **intelligentsia** queda la desgarradora miseria en unos y el egoísmo sagrado entre los otros"²³. No obstante el hecho de que estos países pudieron aprovechar la circunstancia creada tras el fin de la guerra fría y dar inicio a una pacificación, perdieron la anterior importancia estratégica y hoy, de manera más clara que antes, se encuentran ante la imperiosa necesidad de consolidarse como región y proyectarse hacia los centros emergentes a nivel regional (v. gr. México) y también mundiales.

En el continente europeo es donde el quiebre geopolítico ha sido mayor, por los efectos reestructuradores que indujo el fin de la guerra fría. El aspecto más visible de la controversia suscitada por las transformaciones ocurridas en Europa del Este se refiere al hecho que ha avivado la vieja polémica sobre "profundizar" o "hacer extensiva" la Comunidad Económica Europea a nuevos países²⁴.

En lo que respecta a esta división del mundo valdría la pena señalar el abandono en que se encuentra buena parte del continente africano. En la década de los setenta, África representó un gran interés en el plano de la

20 Matsenov D., "Los intereses y la seguridad de Rusia en la época postsoviética", *La economía mundial y las relaciones internacionales*, No. 4, 1992, Moscú, pp. 21-30 (en ruso).

21 *Cuadernos del Tercer Mundo*, Montevideo, mayo/junio de 1992, p. 33.

22 Véase una interesante radiografía del reordenamiento político internacional de Finlandia en los últimos años en *Corriere della Sera*, 24 de abril de 1992.

23 *Le Monde*, 28 de mayo de 1992.

24 Véase Fazio H., *op. cit.*

competición intersistémica²⁵, pero con la excepción de algunas zonas ricas en recursos, en general, nunca suscitó un interés en términos económicos. Por esta razón, parte importante del continente africano, y sobre todo la zona al Sur del Sahara, no representa ningún atractivo para ser incluido en las regiones polares del mundo de hoy. La intervención "humanitaria" en Somalía ha de entenderse a la luz de esta nueva geopolítica.

En los nuevos diseños geoestratégicos, las autoridades americanas han sustituido la anterior estrategia de contención del comunismo por la defensa de los intereses americanos. Desde esta perspectiva, el mundo es representado en zonas que varían de acuerdo con la importancia que tiene para EE.UU. La primera abarca Europa, Japón y el Golfo, otra intermedia está integrada por aquellos países que pueden representar cierto interés y la última reúne a países que le son completamente indiferentes. Somalía se ubica de la periferia de la región del Golfo, o sea representa un interés no tanto "humanitario" como político y estratégico para la estabilidad de la región en general²⁶.

d) El contenido de la "alta y la baja política"

Como resultado de la sobre determinación alcanzada por el mercado, se observa como tendencia la "economización" de las relaciones internacionales²⁷. En este sentido, el gran quiebre con respecto al mundo de hasta hace unos años consiste en que durante la guerra fría los vectores políticos y militares prevalecían y los alineamientos e intereses se expresaban, cuando no estaban constituidos, por factores políticos y geoestratégicos. De ahí la importancia que gozaba la escuela realista en el mundo de la guerra fría²⁸.

Como resultado de esta nueva realidad y de la importancia creciente que adquirieron los temas económicos en las agendas bi- y multilaterales, las relaciones internacionales entraron en una fase de "economización", es decir, los intereses principales se centraron en asuntos económicos y/o en la solución de los problemas en estos términos. El cambio de contenido de las agendas sustituyó la importancia de los aspectos políticos y militares por los económicos, así como también trastocó la esencia de la definición del poder, de uno articulado en torno a la seguridad nacional a otro catalizado principalmente por las condiciones económicas.

Un ejemplo de esta "economización" de los problemas internacionales lo observamos en la actitud asumida por los EE.UU. en relación con la Conferencia, celebrada en Madrid a finales de octubre de 1991, para encontrar una salida a la crisis del Medio Oriente. Se abandonó la intransigencia en el apoyo brindado a Israel y el interés de los EE.UU. se ha desplazado hacia las monarquías modernizantes de la región. Este cambio de posición es el resultado de que en la actual coyuntura el apoyo incondicional a Israel ha perdido el sentido que antes tuviera, razón por la cual la actitud de los EE.UU. frente a la zona en general haya dado un giro radical.

En este caso la "economización" de las relaciones ha operado a través de la sustitución de los anteriores sistemas de alianza centrados en consideraciones políticas y militares para asumir nuevas alianzas en las que los intereses económicos priman. Al respecto, un periodista egipcio escribió recientemente:

La crisis del Golfo puso en evidencia el problema mayor que representa la península arábiga en un mundo en el que la competencia económica entre los grandes conjuntos industriales –Estados Unidos, Europa, Japón– suplanta la confrontación militar

25 Laïdi Z., *Les contraintes d'une rivalité. Les Superpuissance et l'Afrique*, La Découverte, Paris, 1987.

26 Joxe A., "Humanitarisme et empires", *Le Monde Diplomatique*, enero de 1993.

27 "Las relaciones internacionales de mercado" de que habla A. Varas, Heine J. *Anuario de Políticas Exteriores Latinoamericanas*, 1990-1991, Prospel, Nueva Sociedad, Caracas, 1991, p. 11.

28 Light M. y Groom A. J. R., editores, *International Relations. A Handbook of Current Theory*, Pinter Publisher, Londres, 1985, pp. 74-89.

entre los Estados Unidos y la URSS. De hecho quien decide la manera en que será utilizado el petróleo del Golfo tiene las llaves de la ecuación energética del mundo multipolar del mañana. Ahora bien, interviniendo resueltamente en esta crisis el gobierno de Estados Unidos demuestra que a partir de ahora le presta un interés tan prioritario a la estabilidad del Golfo como a la seguridad acordada a Israel²⁹.

Este tipo de situaciones convergen en una nueva tendencia que le da gran solidez al mundo actual, la cual podemos definir como la universalización de principios y procedimientos internacionales que tienden a una mayor interiorización de los Estados en los asuntos mundiales. Esta característica implica que las situaciones y acciones orientadas a transformar el sistema mundial han sido relegadas a un segundo plano, en tanto que ya prácticamente no existen actores que sigan asumiendo posiciones y desencadenando acciones de exterioridad en relación con el sistema, o sea, que actúen para subvertir el **statu quo** y construir un nuevo sistema alternativo al capitalismo.

Los antiguos sistemas de alianza en torno al internacionalismo proletario, las posiciones de algunos Estados terceromundistas para estructurar formas de desarrollo alternativo, el empleo de foros multilaterales para condenar las acciones y/o posiciones asumidas por los países desarrollados, etc., han desaparecido del escenario político mundial o han perdido las características que antes tenían³⁰.

Intimamente asociado a esto, se observa el surgimiento del derecho a la intervención, o sea una nueva modalidad de "soberanía limi-

tada" por medio de la cual, los países rectores se arrogan el derecho de poder intervenir, inclusive militarmente, para garantizar el **statu quo** o para contrarrestar cualquier intento que ponga en tela de juicio el orden mundial³¹. Esto significará un debilitamiento y una relativización de la noción de soberanía y de la cobertura del Estado en las relaciones internacionales.

2. LAS INCERTIDUMBRES DEL SISTEMA

El reordenamiento mundial en su proceso de acomodo está transformando instituciones, las cuales han requerido de un proceso mayor de adaptación, situación que ha dado lugar a la emergencia de coyunturas problemáticas. De otra parte, algunos sectores sociales han quedado marginados y son ellos quienes pueden construir formas de oposición contestaria frente al sistema en general. Estas situaciones, naturales en el proceso de transición, pueden ser en alguna medida momentáneas pues se podrá llegar a un reordenamiento en el cual éstas sean compatibles con los factores determinantes del sistema. Otras formas de oposición, por el contrario, tal vez nunca lleguen a encontrar su lugar en el nuevo orden y se conviertan en fuerzas contestatarias antisistémicas.

a) La redefinición del papel del Estado

Estas coordenadas que están alterando completamente la configuración mundial, las podemos visualizar en el hecho de que, como anteriormente lo señalábamos, la transnacionalización económica y los puntos de conver-

29 Sid Ahmed, "La métamorphose des conflits au Proche-Orient", *Le Monde Diplomatique*, Paris, diciembre de 1991.

30 En el último congreso de la Internacional Socialista, celebrado en Berlín en el mes de septiembre, esta importante organización de hecho abandonó todas las posiciones que la habían convertido en una institución que se preocupaba por promover la solidaridad entre los pueblos del Norte y el Sur. No sólo los puestos principales de la organización quedaron en manos de europeos –principalmente franceses– sino que se produjeron revisiones conceptuales y metodológicas que acabaron con el deseo de construir una alianza Norte-Sur para la creación de un orden más justo.

31 D. Cardona y J. G. Tokatián, al respecto, escriben: "...los conflictos que se dirimirán en el Sur, tendrán casi seguramente un elevado y colectivo grado de legitimidad y legalidad cuando se trate de emprender operaciones 'quirúrgicas' o maniobras militares 'relámpago', por medio de coaliciones ad hoc destinadas a confrontar problemas puntuales que de manera real o supuesta afecten la seguridad internacional", "El sistema mundial de los noventa", *Política Colombiana*, Santa Fe de Bogotá, V. I, No. 1, 1991, p. 46.

gencia política están minando el antiguo Estado-nación³². El Estado dejó de ser el actor racional y unitario de antes. Sus funciones se han “fragmentado” para responder a las lógicas diferenciadas de desarrollo del sistema mundial. Con la globalización el Estado desarrolla acciones de acuerdo con la posición que detenta dentro de la jerarquía del sistema mundial. La transnacionalización le ha arrebatado el pleno control sobre las políticas macroeconómicas, lo induce a realizar descentralizaciones y lo impulsa a la firma de acuerdos de integración o a la creación de zonas de libre comercio. Por último, con la interdependencia se estimula la concertación a nivel internacional ante la imposibilidad de responder a los grandes problemas.

Estos procesos entrañan, sin embargo, una gran paradoja. Mientras que la tendencia predominante apunta hacia una reducción del tamaño y de las funciones del Estado, se observa, de otra parte, que las actuales circunstancias en las que transcurre la transnacionalización están contribuyendo a la redefinición del “interés nacional”, lo cual ha implicado la búsqueda de mecanismos para el fortalecimiento de las prerrogativas políticas del Estado. En Europa Occidental, precisamente por ser la región donde más se ha avanzado en el proceso de transnacionalización y “reducción” del Estado, es donde más claramente se observa la calidad de estos cambios. Si a mediados de los años ochenta las autoridades de estos países optaron por profundizar la unión europea, a comienzos de los noventa, esa voluntad se ha diluido por las contradicciones entre los disímiles intereses nacionales.

Ante la desaparición de los “enemigos” históricos y como resultado de los cambios geopolíticos ocurridos en los últimos tiempos en el escenario europeo, los Estados que integran la CEE están redefiniendo sus posiciones con el fin de garantizar una mejor representatividad de sus intereses. Para Francia la necesidad de

avanzar en la unión económica y monetaria consiste, entre otros, en poner el potencial económico alemán bajo la tutela de la comunidad y construir un tipo de organización supranacional similar al Estado francés. Gran Bretaña, por su parte, es partidaria de una “ampliación” de la Comunidad para evitar que la unión evolucione hacia un Estado-providencia y conservar así sus prerrogativas internacionales (moneda, diplomacia y defensa). Alemania desea, por una parte, una “ampliación” de la CEE hacia otros Estados europeos porque, por pertenecer a su zona de influencia, aumentarían su liderazgo. Pero Alemania es partidaria también de vincular estrechamente la unión política con la unión monetaria para obtener las ventajas de que disponen las viejas potencias militares y diplomáticas, como son Francia y Gran Bretaña. Para Italia, la representación de la Europa política evoca la necesidad de conformar un Estado a la francesa; para los pequeños países comunitarios el objetivo consiste en crear una confederación igualitaria y para los miembros más recientes es un vínculo más sólido con la democracia y la modernidad³³.

Este carácter conflictivo que se produce por la redefinición de los intereses nacionales y la configuración de nuevas finalidades en política interna e internacional es la manifestación que el Estado, en tanto que forma de organización social, sigue siendo el depositario de la legitimidad y de la representación de los intereses nacionales. Esta característica del Estado “cultural” va en contravía de la transnacionalización y puede convertirse en un serio punto de fricción. Este aumento político de las funciones del Estado, en tanto que garante del interés nacional, no es exclusivo de Europa. En otras regiones, inclusive en América Latina, los procesos de integración y de creación de zonas de libre comercio han llevado a una definición del lugar del país y del Estado dentro de los nuevos espacios económicos y políticos

32 Hobbes W., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991, p. 186; Restrepo L. A., “Hacia un nuevo orden mundial, *Ánalisis Político* No. 14, septiembre-diciembre de 1991, Santafé de Bogotá, p. 83.

33 Cohen-Tanugi L., *L'Europe en danger*, Fayard, Paris, 1992, pp. 63-83.

y a un sobredimensionamiento de éste como expresión de la voluntad negociadora³⁴.

b) Las fracturas sociales

Otra característica de este mundo en su fase actual es que las fracturas geoestratégicas, como las anteriormente existentes en torno al eje Este-Oeste como polo principal de configuración de las relaciones internacionales, ya no existen. Las resistencias y problemas se expresan no en el sentido geográfico a escala planetaria sino en las fracturas dentro de cada país. Generalizando puede decirse que este quiebre es la consecuencia de la división de la población entre quienes se benefician de los procesos de modernización articulados en torno a la diferenciación social y los sectores que quedan marginados.

En un reciente documento del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo³⁵ se divide la población mundial en cinco franjas iguales que corresponden a un 20% de la población cada una. Se comprueba que el primer grupo recibe el 82.7% del ingreso mundial, el segundo grupo el 11.7%, el tercero el 2.3%, el cuarto el 1.9% y el quinto el 1.4%. Se concluye finalmente que, con el desarrollo, la brecha entre ricos y pobres en vez de disminuir ha ido en constante aumento, a lo cual obviamente contribuye la carencia de solidaridad de los Estados más avanzados³⁶.

Este proceso, obviamente muy característico del Tercer Mundo, se reproduce en términos similares, aun cuando no en la misma magnitud, entre las naciones más desarrolladas. De acuerdo con datos oficiales, en los EE.UU. pa-

ra el año de 1991 había 9 millones de negros pobres y 21 millones de blancos en la misma situación. Europa Occidental no escapa a esta tendencia. El número de pobres ha aumentado de 38 millones en 1975 a 44 millones en 1985 y 53 millones en 1992³⁷.

Este problema se puede convertir en un tópico crucial para el sistema si las expectativas y las creencias que la economía de mercado generará una prosperidad para la mayor parte de la población no es realizada. En este caso ese impresionante porcentaje de pobres se puede convertir en un sector explosivo que puede efectuar las más serias resistencias al sistema. Estas pueden operativizarse fundamentalmente de tres maneras: o bien por Estados que salen en defensa de estos sectores marginados, o bien por medio de explosiones sociales incontroladas como ocurrió recientemente en la ciudad de Los Angeles o por la implantación de modelos de desarrollo que abandonen los presupuestos liberales y apliquen políticas más intervencionistas con una mayor redistribución del ingreso.

Sea cual sea la válvula de escape que se emplee, esta fractura social, que acrecienta la distancia geográfica entre el Norte y el Sur y la brecha societal entre "el Norte y el Sur en cada país", puede terminar siendo el aspecto más explosivo de este orden mundial. De una parte, por la insatisfacción creciente de los sectores marginados –los cuales, evidentemente, a diferencia de los pobres de antaño no constituyen ningún "ejército de reserva"– se agudiza la problemática social y tarde o temprano tendrán que introducirse correctivos, si no se desea llegar a una fase de no retorno. De otra parte, la asimilación de los sectores dominan-

34 Véase Hirst M., "El Mercosur y las nuevas circunstancias para su integración", *Revista de la Cepal* No. 46, Santiago de Chile, abril de 1992.

35 PNUD, *Rapport mondial sur le développement humain*, Económica, Paris, 1992.

36 Julien Claude, "Un marché et des hommes", *Le Monde Diplomatique*, Paris, junio de 1992. Un editorial del periódico francés *Le Monde*, al respecto, señalaba que los ingresos de los mil millones de personas más acomodadas del planeta era 150 veces superior a los ingresos de los mil millones más pobres. En treinta años la brecha entre estos dos mundos se ha duplicado. Porque sufren de múltiples obstáculos para el libre intercambio, agravado por los frenos a la inmigración, las discriminaciones de las tasas de interés y de acceso a las tecnologías modernas cada año están privados de 500 mil millones de dólares en recursos. O sea 10 veces más que la ayuda que reciben anualmente por la comunidad mundial. *Le Monde*, 25 de abril de 1992.

37 Michel Anne-Marie, "Opulente Europe aux 53 millions de pauvres", *Le Monde Diplomatique*, Paris, julio de 1992.

tes del Tercer Mundo con sus similares de los países desarrollados, proceso que obviamente ha estimulado la identificación de posiciones y procedimientos que le dan fortaleza al sistema mundial, está articulando un divorcio en constante aumento entre éstos y los sectores marginados de sus respectivos países. Esta situación, por su parte, debilita la identidad social entre ambos sectores, haciendo más difícil la delimitación clara del "interés nacional" y crea las condiciones propicias para que se recreen situaciones de inestabilidad.

c) Las incertidumbres políticas

Lo que tal vez hace por el momento más explosivo este nuevo orden mundial —sobre todo cuando se tienen en cuenta las fracturas sociales— es la inexistencia momentánea de pautas de conducta y de canales de expresión de los problemas nacionales e internacionales. Para bien o para mal la configuración en torno al eje Este-Oeste tenía un orden o mejor dicho una serie de pautas de conducta a través de las cuales los gobiernos, las instituciones, en fin, los múltiples actores expresaban y canalizaban sus acciones. La emergencia de nuevos actores centrales, la difusión de nuevas ideologías, la "economización" de las relaciones, etc., todas estas características de la fase actual están construyendo nuevos canales y pautas de expresión. Mientras que los actores se adecúan a esta nueva realidad, hay un período de readaptación, que puede ser más o menos largo, en el cual los conflictos y los intereses internacionales se expresan de manera "anárquica". De otra parte, el reordenamiento ha llevado a una situación sin duda extrema. En Yugoslavia, país que interiorizó la bipolaridad anterior, cuando ésta desapareció, se crearon las condiciones para su desintegración.

A la par de estos macroproblemas actualmente se evidencian otros que, sin ser inmanentes al sistema en sí, han cobrado alta vigencia en la actualidad. Las transformaciones que actual-

mente se operan en los Estados van en algún grado en contravía con las necesidades de mayor democratización de las sociedades y de las políticas estatales. Más bien la tendencia que prevalece es que el Estado, al perder algunas de sus funciones, posibilita que ciertos poderes emergentes llenen los vacíos, afectando el proceso democratizador al existir cada vez más ámbitos en los cuales la sociedad no puede participar ni el Estado puede regular³⁸. De otra parte, los procesos de regionalización están construyendo instancias supranacionales dotadas de amplios poderes, sobre los cuales la población carece de mecanismos de control. Este "déficit democrático" se ha convertido en un tema sensible principalmente en Europa Occidental por temor a una "tecnocratización" de la democracia. Importantes ámbitos como los relativos a la política social están escapando al control del ciudadano al ser transferidas esas decisiones a un restringido "club de expertos". En un cierto sentido, esta delegación de funciones contribuyó a paralizar y debilitar el poder del gobierno socialista de Mitterrand ya que, cuando llegó al poder en 1981, Francia disponía de un sustrato "nacional" para el manejo de su economía, pero el deseo de sus electores de estimular un desarrollo *à la française* chocó tempranamente con la lógica del desarrollo *à la communautaire*.

Una situación que puede presentarse de manera corriente sobre todo en países de Europa del Este, América Latina y Asia es que las desigualdades inducidas por el mercado, así como la declinación en el nivel de vida de vastos sectores se conviertan en una fuente de conflicto que altere la capacidad de conducción de los actores políticos y debilite las emergentes instituciones democráticas. Para contrarrestar este tipo de tensiones e implementar las reformas que inserten a estos países en la economía mundial, las autoridades pueden optar por la eliminación de las libertades fundamentales y a través del uso abierto de los mecanismos represivos, reducir la participación política

38 Salama P. y Valier J., "Le retrait de l'Etat en Amérique Latine", *Cahiers des Amériques Latines*, Paris, No. 12, 1991, p. 35.

y hacer viable los planes transformadores. En esta doble perspectiva, el concepto de democracia queda en entredicho.

En aquellos países en los que existieron previamente instituciones políticas democráticas sólidas y se está en proceso de ruptura con un orden autoritario puede prevalecer una tendencia diferente. Los desequilibrios sociales como resultados de las reformas podrán contribuir a hacer más imperiosa la necesidad de buscar mecanismos a través de los cuales se pueda alcanzar una representatividad política que recomponse la desintegración producida por los procesos económicos y contrarreste las tendencias tecnocráticas en el proceso de decisión³⁹.

Las reestructuraciones de carácter global que se han producido en los últimos años han ejercido una significativa influencia en los patrones de expresión de las políticas internas de los Estados. La desaparición de los credos anteriores, la disolución del viejo esquema izquierda-derecha, la pérdida de los puntos de referencia han favorecido el renacimiento de los nacionalismos. La fuerza que los moviliza es de diversa índole: acto de autoafirmación nacional, secesión nacional, lucha por el derecho de las minorías, rechazo de ese derecho, programas de reunificación, etc. Si bien su expresión más elevada se ha alcanzado en la Europa del Este⁴⁰, porque ahí ha sido mayor la pérdida de los anteriores referentes políticos, Europa Occidental no ha quedado exenta, como bien lo atestiguan el triunfo de los nacionalistas flamencos en Bélgica y la amplia aceptación que han encontrado las ligas norteñas en Italia. En todo caso la difusión de las tendencias nacionalistas ha sido el resultado de la crisis de los partidos políticos tradicionales y de la emergencia de fuerzas contestatarias como reacción a los efectos disruptivos –Estado-mínimo, autorregulación basada en el mercado, debilitamiento de las redes sociales, etc.– que

introduce el sistema mundial en las estructuras sociopolíticas.

En razón de estas transformaciones se asiste también a un reordenamiento de las expresiones políticas: por la crisis y desaparición del socialismo soviético, la izquierda tradicional, vinculada a esa perspectiva de desarrollo social alternativo, ha sido la que con más profundidad ha sufrido los rigores del cambio mundial y en las actuales circunstancias le resulta muy difícil mantenerse como referente político. Ha visto conculcada su base social por la pérdida de sectores de su antigua militancia o de simpatizantes; muchos comunistas –como ha sido el caso en los países de Europa del Este– adoptaron los nuevos referentes y se insertaron dentro del sistema, para lo cual utilizaron sus anteriores redes de influencia y poder; y, por último, estas izquierdas, las que han sabido adaptarse, han girado de una posición antisistémica, es decir, de una voluntad de transformar el sistema por uno de tipo socialista, hacia una posición intrasistémica, o sea, de abandono de los deseos de sustituir el sistema para asumir la lucha por mejorar lo existente a través de reformas. Esta nueva posición ha implicado la aparición de nuevos credos en sustituto del marxismo leninismo, el cual ha sido relegado al museo de la historia por parte de estas organizaciones. Se prefiere optar por visiones que se adecúen mejor a la dinámica de los procesos actuales.

Si las izquierdas han sido las principales damnificadas, los restantes partidos han sufrido impactos no menos fuertes. Las organizaciones de centro, tales como las democracias cristianas y las socialdemocracias, también atraviesan por una fase difícil. En primer lugar, estos partidos de centro fueron las organizaciones que históricamente se vincularon a la propuesta del Estado de bienestar. Al iniciarse la sustitución de ese “pacto social” por la economía de mercado, dichas organizaciones han

39 Lechner N., “Condiciones socio-culturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida”, *Estudios Internacionales*, No. 94, año XXIV, abril-junio de 1991, Santiago de Chile, p. 230.

40 Mink G. y Szurek J. Ch., *Cet étrange postcommunisme. Rupture et transition en Europe centrale et orientale*, Presses du CNRS/La Découverte, Paris, 1992, pp. 147-163.

perdido uno de sus pilares fundamentales de acción y referencia política. En algunas oportunidades, esas mismas organizaciones han tenido que asumir la carga de practicar las reformas y transformaciones necesarias para desmontar el Estado de bienestar. Esta “esquizofrenia política” los ha hecho perder puntos de referencia para la acción en las nuevas circunstancias.

No mejor suerte han corrido las organizaciones de derecha. Tradicionalmente basaron su ideología y su práctica en la lucha por contener el comunismo, pero se encontraron desarmadas cuando perdieron su gran contendor. Esto los condujo a buscar nuevos enemigos los cuales debían desempeñar el papel del comunismo, o sea, ofrecerles un perfil de lucha que mantuviera la unión e identidad entre sus partidarios. Este “enemigo”, en el caso europeo, lo encontraron rápidamente en los inmigrantes lo que les permitió utilizar el nacionalismo como referente ideológico y como medio de lucha. Valga hacer la salvedad que en las actuales circunstancias las organizaciones de derecha

han logrado calar profundamente en la conciencia de sus pueblos apelando a las consignas nacionalistas y son de todos los partidos tradicionales los que mejor han sabido adaptarse a la fase de transición⁴¹.

Imposible es por el momento pensar cómo será este sistema en el futuro. Lo único que tal vez no esté de más recordar es la sentencia de Karl Polanyi, escrita hace ya muchos años, sobre el mundo y los sistemas de mercado:

La civilización del siglo XIX no fue destruida por un ataque externo o interno de los bárbaros; su vitalidad no fue minada por la devastación de la Primera Guerra Mundial ni por la revuelta de un proletariado socialista o de una baja clase media fascista... Se desintegró como resultado de un conjunto de causas totalmente diferentes: las medidas que la sociedad adoptó a fin de no ser aniquilada por la acción del mercado autorregulado... el conflicto entre el mercado y los requerimientos elementales de una vida social organizada... produjo la típica tensión que finalmente destruyó la sociedad⁴².

41 Pélassy D., *Qui gouverne en Europe?*, Fayard, Paris, 1992.

42 Polanyi K., *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of our Time*, Beacon Press, Boston, 1957, p. 249.